

ir á posarse invariablemente en el alma de los dos jóvenes.

Cualquiera diría, oyendo estas conversaciones del pasado, que eran un par de octogenarios, que no miraban más que detrás de ellos y á tiempos muy remotos.



¿Pero es que, en efecto, no había para ellos un porvenir más alegre, más interesante y dichoso?

Sí: hay un porvenir, y piensan en él muy á menudo, aunque jamás le nombran.

Además, no es necesario hacer frases para hablar.

Cierto modo de darse la mano y de ruborizarse por cualquier cosa, dicen más que las palabras.

Víctor y Clara hablan en este idioma todo el día.



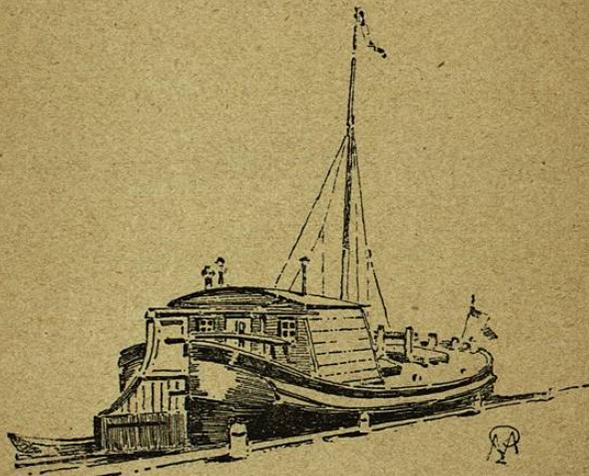
Quizá por esta razón se pasan la mayor parte del tiempo silenciosos.

Acaso por esto también los días corren tan de prisa, que se desliza un mes sin hacer ruido, sin que ellos lo sientan.

Así es que el doctor se ve en la préci-

sión de encrespase los cabellos de su melena gris y de poner á su enfermo á la puerta de la enfermería.

Precisamente en esta época el padre Maugendre regresa de su viaje.



Encuentra á todo el mundo reunido en la casa.

El pobre Louveau, todo inquieto, le pregunta:

—Y bien; ¿me admiten allá abajo? Maugendre no puede tenerse de risa.

—“Sí; te admiten, viejo mío.

„Les hace falta un patrón para un nuevo barco, y me han agradecido mucho el favor que les he hecho recoméndándote.



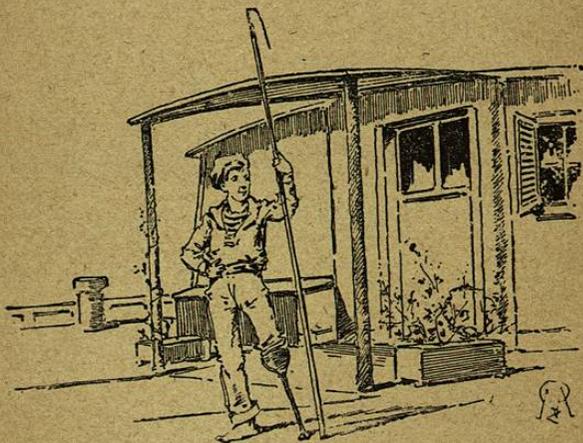
—Pero ¿quiénes son?

El padre Louveau está tan satisfecho y alegre que no insiste en sus preguntas.

Todos se pusieron en marcha para Clamecy, sin saber á punto cierto de qué colocación se trataba.

¡Qué alegría cuando llegan á la orilla del canal!

Allí, en el muelle, empavesado de alto á abajo, un magnífico barco, flamante,



nuevo, levanta su mástil barnizado en medio del verdor del paisaje.

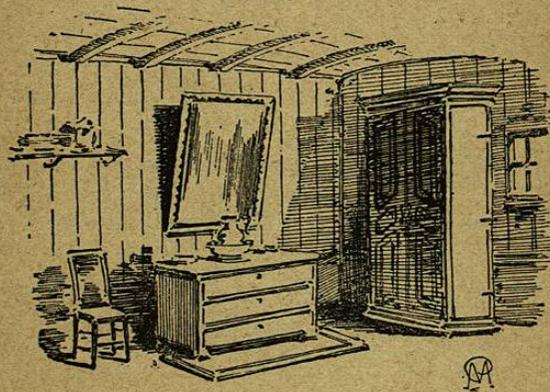
Le están concluyendo de charolar, y el codaste, donde está escrito el nombre de la embarcación, se halla cubierto provisionalmente de una tela oscura.

Sale un grito de todos los labios:

—¡Ah! ¡Qué hermoso buquel!

Louveau no da crédito á sus ojos.

Tiene una emoción de todos los diablos, que le picotea los párpados, le hace abrir



un palmo de boca y bailar á sus pendientes.

—“¡Es muy hermoso!

„No me atrevería jamás á mandar un barco como ése.

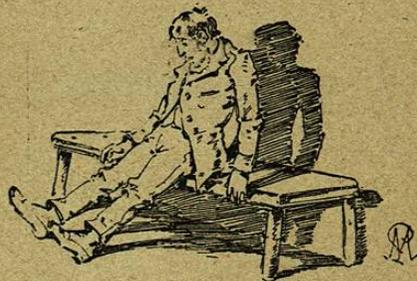
„¡Si no parece para echarlo al agua!

„Merece más bien colocarlo bajo un fanal.”

Es preciso que Maugendre le empuje á viva fuerza sobre el puente, desde donde Tripulación le hace señas.

¡Cómo!

¿También Tripulación está restaurado? Restaurado, carenado y calafateado de nuevo.



Tiene un bichero y una pata de palo recién hechos.

Es una buena ocurrencia del constructor; se conoce que es hombre entendido, que sabe hacer bien las cosas.

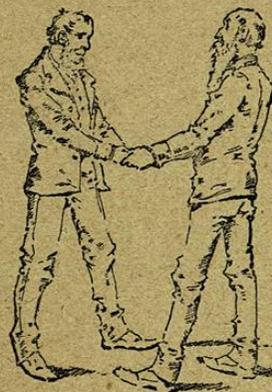
Veamos el barco pronto.

La cubierta es de madera encerada, cercada de una balaustrada.

Hay un banco para sentarse y una tienda para abrigarse del viento y de la lluvia.

La cala tiene cabida para llevar doble cargamento que *La Bella Nivernesá*.

¿Y el camarote?



¡Ah! ¡El camarote!

— ¡Tres habitaciones!

— ¡Una cocina!

— ¡Espejos!

Louveau arrastra á Maugendre sobre el puente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Está conmovido, agitado por la emoción.

Tartamudea.

—Mi viejo Maugendre...

—¿Qué hay?

—Te has olvidado de una cosa.

—Veamos.

—No me has dicho por cuenta de quién voy á navegar.

—¿Lo quieres saber?

—¡Diantre! ¡Ya lo creo!

—Pues bien; navegas... por tu cuenta.

—¡Cómo! Pero entonces el barco...

—Es tuyo.

¡Qué golpe, santo cielo!

¡Qué abordaje en medio del pecho!

Felizmente el constructor, que es un hombre entendido, ha tenido la feliz idea de poner un banco sobre el puente.

Louveau cae en él, atontado, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—No es posible... no lo puedo aceptar.

Pero Maugendre tiene respuesta para todo.

—“¿Esas tenemos?

„¡Olvidas nuestra antigua deuda, los sacrificios que has hecho por mí Víctor!

„Vive tranquilo Francisco; todavía soy yo quien te debe á ti, y mucho más de lo que crees.”

Y los dos compañeros se abrazan como dos hermanos.

Esta vez uno y otro han llorado.



Decididamente, Maugendre lo ha dispuesto y arreglado todo para que la sorpresa sea completa; pues en tanto que se abrazan sobre el puente, ved al señor cura que desemboca por el bosque, con el estandarte al viento, y precedido de una banda de música.

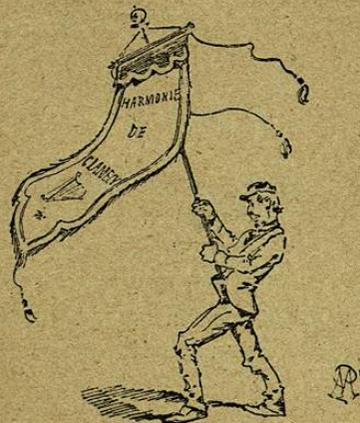
¿Todavía más?

¿Qué significa esto?
 ¡Pardiez! La bendición del barco.
 Todo Clamecy ha venido en procesión
 para asistir á la fiesta.
 El estandarte flota al viento.



La música toca.
 ¡Chín!... ¡Chín!...
 ¡Bom!... ¡Bom!...
 Y las caras están alegres y risueñas.
 Hay, sobre todo, allí un sol que hace
 flamear la plata de la cruz y el cobre de
 los instrumentos de la música.

¡Qué linda fiesta!
 Acaban de descorrer la tela oscura que
 cubría el codaste.
 El nombre del barco se destaca en

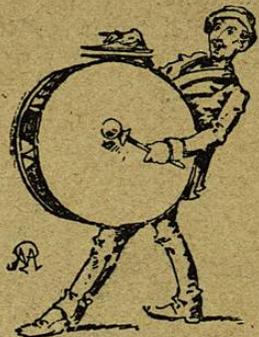


grandes y hermosas letras de oro, sobre
 fondo azul.

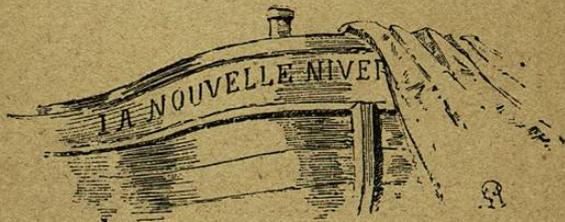
La Nueva Nivernesa.

¡Hurra!...
 ¡Hurra por *La Nueva Nivernesa!*—

¡Que tenga, como la antigua, una larga existencia y más dichosa vejez!



El señor cura se aproxima al barco.
Detrás de él los cantores y los músicos,
ordenados en una sola línea.



El estandarte descende.
— *Benedicat Deus...*

Víctor es el padrino y Clara la madrina.

El señor cura les manda avanzar al borde del muelle, haciendo que se coloquen junto a él.

Están cogidos de las manos, tímidos y temblorosos.



Balucean, equivocándolas, las frases que el niño de coro les apunta en voz baja, en tanto que el señor cura sacude el hisopo sobre ellos.

— *Benedicat Deus...*

Parecen una pareja de desposados.

¡Qué lindos! ¡Parecen haber nacido el uno para el otro!

Este pensamiento asalta a cuantos se encuentran en la fiesta.

Acaso se le ha ocurrido á Clara también, porque no se atreve á mirar, ni levanta los ojos del suelo, y tiembla más y más á medida que la ceremonia avanza. Ya ha concluído.



La multitud se retira, y *La Nueva Nivernesa* queda bendita.

Pero no se puede dejar partir á los músicos como si tal cosa, sin darles de refrescar.

Y en tanto que Louveau echa un trago

con ellos, Maugendre guiña el ojo á la madre Louveau, coge la mano del padrino y la de la madrina, y, volviéndose al señor cura, exclama:

—Ya se concluyó el bautismo, señor cura; ¿qué día es la boda?



Victor y Clara enrojecen, como dos amapolas.

Millín y la chiquitina baten palmas.

Y en medio del entusiasmo general, el padre Louveau, algo alumbrado, se inclina sobre el hombro de su hija, y riendo hasta las orejas, celebrándose por anticipado su propio chiste, el honrado marinero dice con tono burlón:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Mado 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Qué te parece, Clara? ¿Habrá llegado
el instante de que llevemos á Victor á
casa del Comisario?

